

la copa de ferias, feria de tortas

HASTA sir Stanley Rous, presidente de la FIFA, ha alzado su voz para deplorar el "escándalo de Leeds", donde los jugadores locales y los del Valencia anduvieron a la greña, con tanto ahínco y voluntad que el árbitro, el holandés Leo Horn, abandonó el terreno dando por suspendido el partido, aunque luego, restablecida la calma, terminarían por jugarse los 18 minutos que restaban en el momento de la trifulca.

Este Leo Horn, que recordamos muy bien, es un gigante de malas pulgas que, hace cosa de un año, anduvo por los tribunales, acusado, por un vecino, de haber confundido a su gato con un conejo, acribillándolo a perdigonadas. No digamos que a perdigonadas, pero sí a errores de tomo y lomo acribilló al Madrid en aquella final de la Copa de Europa, en Amsterdam, contra el Benfica, en la noche grande de Puskas y aciaga de Araquistain.

Que Horn fue buen culpable de que las cosas llegaran a donde llegaron, es cosa en la que todo el mundo se ha puesto de acuerdo. Pero un árbitro no es un gendarme y cuando llega la hora de las "explicaciones" entre los jugadores, no podemos sino aplaudir su gesto de retirarse a los vestuarios. La primera vez que vimos una actitud semejante, durante un Torneo jugado en Caracas, quedamos pasmados, acostumbrados como estamos en España a que el colegiado de turno haga también de agente de la paz a la hora de los mamporros.

La Copa de Ferias anda con los ánimos revueltos y a este paso acabará reventando. Es el segundo escándalo en poco tiempo. El primero fue el de Roma, con otro equipo inglés —el Chelsea— de co-protagonista. Se habló de que el Roma iba a ser descalificado, pero el astuto Ottorino Barassi, por lo que se supo, paró el golpe. Ahora, sir Stanley Rous ha vuelto a sacar la palabra "descalificación", término abstracto, pues no ha precisado si debía utilizarse contra los jugadores más agresivos, contra el Estadio escenario de los hechos, contra alguno de los equipos contendientes o contra lo dos.

Los ingleses, muy celosos del "fair play", lo utilizan, sin embargo, más como muletilla publicitaria, que como realidad. El número creciente e impresionante, de las lesiones (y expulsiones) que se registran en su propio Campeonato, ilustra sobre el abandono del concepto. Con una ironía que roza la desfachatez, algunos críticos insulares amenazan con pedir la supresión de los contactos con los clubs continentales, si estos continúan sus métodos violentos. No creemos, en verdad, que la brutalidad o la ignominia sean defectos privativos de los equipos de este lado del Canal. En todas partes cuecen habas, y no son los ingleses los que pongan sólo la olla.

Que sir Stanley, como buen británico, arrime el ascua a su sardina, es comprensible. Sentimos mucha admiración hacia al fútbol inglés, pero no hasta el punto de que pasemos por alto los puntos de vista que, a través de su excepcional dominio de los resortes de la FIFA, quiere imponer. Las cosas son mucho más sencillas, si se quiere obrar con rectitud y equilibrio.

Ya hemos comentado, otras veces, la inutilidad de esas requisitorias que, en nombre de la deportividad, se distribuyen en forma de escritos a las Federaciones Nacionales, presagiando los más severos castigos contra el gamberrismo colectivo que está inundando todos los campos del mundo. Hasta el momento, no han sido sino papel mojado. La FIFA quiere nadar y guardar la ropa, y eso es imposible. En las propias fases finales de los Campeonatos del Mundo, han ocurrido hechos delictivos que, entre bastidores, se han zanjado amablemente sin que nadie se sonrojara (Ejemplos: el Chile-Italia de 1962, o el Brasil-Hungría, de 1954).

Si cuando tiene la sartén por el mango, la FIFA se desentiende, ya nos dirán qué autoridad puede esgrimir cuando lo que ocurre, aun estando bajo su autoridad, sucede lejos de su control directo. Si lo de Roma pasó, también pasará lo de Leeds. Es una pena, porque aparte de que la Copa de Ferias se va a convertir en una feria de tortas, el fútbol se va desacreditando gracias a los arrodos senadores que lo rigen.

J. J. CASTILLO

ES
PREFERIDA
POR
LOS
MARIDOS...



LA
CRÈME
TISSULAIRE
super-hydratante



por ser la más ligera
crema de noche

LANCASTER

Arrête la marche du temps